

Sr. Juan Pablo Bulnes Cerda

Presente

Santiago, 4 de agosto de 2010.

Estimado Sr. Bulnes:

Me dirijo a usted para colaborar en el esclarecimiento de la verdad, ante las acusaciones de que ha sido objeto Mons. Fernando Karadima. Redacto estas páginas con seriedad y rigor, consciente de que me comprometo *coram Deo* a referir de modo fiel mi testimonio acerca del padre Fernando Karadima.

Soy sacerdote diocesano, ordenado en 1992, después de siete años de formación en el Seminario Pontificio de Santiago (RUT 6.972.531-7). Tengo 47 años y vivo en la Parroquia Santo Toribio de Mogrovejo (La Capitanía 473, Las Condes, Santiago). Mis primeros años de sacerdocio, entre 1992 y 1997, los viví en Roma, estudiando patrología en el Instituto «*Augustinianum*», donde obtuve el Doctorado en Teología y Ciencias Patrísticas. Desde mi regreso a Chile, fui destinado a la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Inicialmente junto a actividad académica se me pidió un servicio parroquial: fui párroco de Nuestra Señora Reina de los Apóstoles entre los años 1998 y 2000. Posteriormente, el Arzobispo de Santiago me pidió que me concentrara en el trabajo académico de la Facultad de Teología, de la cual fui Decano por dos períodos, entre 2004 y 2009. Actualmente, soy Profesor Titular de la Universidad Católica y *socio correspondiente* de la Pontificia Academia de Teología de Roma.

Conocí al padre Fernando a fines de 1978. En estos casi 32 años me he mantenido muy cerca de él, con la excepción de casi cinco años que viví en Roma, cuando hice el Doctorado (1992-1997). Desde mi llegada a la Parroquia del Sagrado Corazón, cuando yo tenía 16 años, comencé a asistir a la misa casi diariamente, a participar reuniones semanales, y a ayudar la misa. Más adelante, le pedí al padre Fernando que fuera mi padre espiritual. Entre 1980 y 1984, me quedaba muy seguido a comer en la Parroquia; muchas veces, con otros jóvenes, acompañé al padre Fernando fuera de Santiago, en días de descanso; ya como sacerdote, en 1992, viví un par de meses en la Parroquia del Sagrado Corazón, y hasta el día de hoy he procurado estar cerca de él. Siempre me impresionó su constante espíritu apostólico, también durante las vacaciones, que lo llevaba con naturalidad a conducir las conversaciones hacia temas espirituales.

La cercanía al padre Fernando la comparte también mi familia: muchas veces ha ido a la casa de mis padres, en 1992 lo recibimos durante las vacaciones de verano, junto con su mamá, la Sra. Elena Fariña; además, ha bautizado a

algunos de mis sobrinos. Mis padres se encuentran igualmente, muy agradecidos del bien que el padre Karadima ha hecho por nuestra familia. De todos modos, el cariño que le tengo no me impide ver sus limitaciones, sobre todo después de conocerlo por tantos años, por ello, creo poder dar testimonio como alguien que lo conoce de cerca.

En sus 50 años de ministerio sacerdotal, se ha dedicado a predicar con mucha fuerza y convicción elementos centrales de nuestra fe: la Eucaristía, la necesidad de mirar la vida a la luz de la fe, la prioridad de la gracia y la oración, la colaboración de la Madre de Dios en la obra de la salvación, el amor a la Iglesia y al Papa y la necesidad de traducir la fe en la propia vida por medio de la preocupación por los demás, en especial, por los pobres. Por medio del ministerio sacerdotal del padre Fernando, miles de personas se han acercado al Señor y a la Iglesia, y la fe se les ha vuelto algo relevante, que ha marcado sus vidas. Por otra parte, la cantidad de sacerdotes que han salido de la Parroquia han sido y están siendo un aporte muy significativo a la Arquidiócesis de Santiago y, en general, a la Iglesia chilena. En mi caso particular, el padre Fernando ha sido una persona providencial en el descubrimiento, discernimiento y maduración de mi vocación, y una orientación en el desarrollo de mi ministerio sacerdotal. Mi relación con él se ha dado en un marco de libertad, prueba de ello es que, después de casi años en Roma, en que tenía como guía espiritual y confesor al padre Vittorio Gambino S.D.B., al regresar a Chile retomé gustoso la dirección espiritual con el padre Karadima.

En momentos difíciles de mi ministerio sacerdotal, he recibido ánimo y orientación espiritual, por lo que le estoy muy agradecido. De modo particular, como penitente, he tenido una muy buena experiencia al confesarme con el padre Karadima, nunca percibí un interés insano por averiguar cuestiones relativas al sexto mandamiento, sino una constante propuesta de la santidad como ideal de vida cristiana, animada por la oración. La insistencia en proponer lo bueno y no en atacar lo malo, en la confesión y en la predicación, creo que la aprendió de san Alberto Hurtado.

En estos casi 32 años nunca he visto una acción impropia con intención sexual del padre Fernando Karadima. Además, durante estos mismos años, hasta hace pocos meses, cuando supe de las acusaciones, nunca había escuchado un comentario -ni siquiera en broma- que refiriera una conducta de este tipo. En una comunidad de fieles tan unida y compacta, como la de la Parroquia el Bosque, sería difícil que, de ser ciertas las acciones de la que se le acusan, éstas pasaran inadvertidas.

Por otra parte, conozco a los denunciantes, sobre todo a dos: a Juan Carlos Cruz y a James Hamilton, y puedo dar testimonio que jamás, en muchos años de cercanía, los escuché quejarse de lo que hoy denuncian, o percibí el serio malestar que comportarían las experiencias que ellos han descrito. Por el contrario, con Juan Carlos Cruz tuve una estrecha amistad que recuerdo con

mucho cariño, incluso, en torno a 1983, salimos de vacaciones junto con mi familia, conversábamos mucho y con gran familiaridad -y Juan Carlos Cruz no es una persona reservada o introvertida-, y jamás le escuché decir o insinuar que el padre Fernando abusaba de él o que él estaba sometido a presión, tal como lo manifestó en las denuncias transmitidas por la televisión, en el programa *Informe Especial*.

Asimismo, conocí a James Hamilton en torno a 1984, y durante muchos años fuimos muy amigos: siempre vi en él un hombre alegre, extrovertido, simpático y con mucha fuerza de carácter. Igualmente salimos varias veces de vacaciones juntos, a Puerto Varas, entre 1987 y 1990, y nunca le escuché referirse ni explícita ni veladamente a una incomodidad tan severa como la que produciría la situación de abuso sexual denunciada en el programa de televisión y por los diarios. Creo que con la cercanía que tuve con ambos denunciantes, habría percibido de algún modo que se estaba dando una situación tan grave. Por lo anterior, en conciencia, puedo decir que las graves acusaciones de abuso sexual que se le imputan al padre Karadima me parecen inverosímiles.

Por otra parte, el padre Fernando ha llevado una vida sacerdotal muy pública: siempre es posible saber dónde está y, hasta hace pocos años, desde la calle se podía llegar hasta el comedor de la parroquia o hasta la puerta de su dormitorio sin encontrarse con ninguna puerta con llave. Por su carácter, es fácil saber cómo está o si algo le preocupa. Sinceramente, creo que me habría dado cuenta si hubiese estado envuelto en situaciones tan graves como las que se le imputan.

Por medio de María, pongo esta dolorosa situación en manos del Señor, confiado en que triunfará la verdad, que tan gravemente ha sido herida.

Samuel Fernández Eyzaguirre, pbro.